

**Antonio Pereira**

## **EN VERINES, MEMORIA DE CARLOS CASARES**

Los que de vez en cuando salimos a "hacer bolos", como dice la gente de teatro, sabemos que hay una infalible en el repertorio de los periodistas: ¿Usted, para qué escribe?" Y se espera de nosotros una respuesta elevada, metafísica. Lo mejor es llevarla de casa, incluso varias, para decidir según el estado de ánimo. "Para descifrar el mundo", "Para sobrevivir a tanta fealdad", "Para que me quieran"...

Alguna vez me dejé llevar por la euforia y he dicho que escribo para beber con los amigos que cuentan historias y saben escucharlas, y es frase desaconsejable, porque en los titulares, cortan, y salió que escribo para beber.

En los Encuentros de Verines se trata de asuntos serios, hay ponencias sesudas y graves debates, pero los descansos y los finales de las jornadas se pueblan de historias y fabulaciones, aquello que Gómez de la Serna postulaba en su Automoribundia, "que no sean tan sórdidas las ocho de la noche".

Esta condición de Verines tenía que gustarle a Carlos Casares. El escritor gallego, fallecido hace poco, pertenecía a esa estirpe de narradores del Noroeste en que brillan la sencillez, la ironía sin merma de la ternura. No se me arregló conocerlo personalmente y sé que con él habría disfrutado mucho, como algún día me ocurriera con Cunqueiro y con Otero Pedrayo o más ampliamente con Celso Emilio Ferreiro o con Álvaro Rubial

Me queda, con respecto a Casares, la honra de venir a este cónclave que se celebra en su memoria.

El caso es que no conozco mucha obra del escritor orensano. Veía ocasionalmente sus artículos de periódico, y hace quince años leí - y luego releí una novela en edición modesta, que guardo como oro en paño. Se llama Ilustrísima, traducción del gallego por Basilio Losada para Caralt. No me gusta pararme a distinguir entre novela y novela corta. Ilustrísima es una breve gran novela, me emocionó, aunque ya había en mí la predisposición del enamorado de esas ciudades íntimas que tienen obispo y no tienen gobernador civil, como aquella de la Galicia profunda en que gobernaba y padecía el mitrado don Fernando Fanega, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica.

Otro libro de Casares, más reciente, ha venido a integrarse en la corte, cada vez más restringida, de mis libros "acompañadores", esos que no llegan a fijarse en los estantes sino que frecuentan la mesita de noche o incluso viajan con su dueño. Se

llama "Un país de palabras", y ya es acertar en el título. País es una palabra rica y polisémica. Puede designar un territorio grande pero también el mínimo que uno puede recorrer caminando. A mí me enamoraba oírle a don Ramón Otero Pedrayo "el país del Bierzo", "el país de Valdeorras", "el país de Lemos".

Además, *Un país de palabras* lo leo en gallego, la lengua en que fuera escrito.

El gallego es una lengua proselitista, invasora, o sea, peligrosa. Con palabras así alarmé a los colegas gallegos que hace sólo unas semanas se sentaban a una mesa de diálogo en el Bierzo, entre ellos Méndez Ferrín, pero fue sólo un momento, porque siguió mi admiración y cariño por el habla de mis antepasados, ferranxeiros en los mazos de Fonsagrada, y ello sin perjuicio de una explícita afirmación de mi condición de escritor leonés y en castellano, declaración nada ociosa en un Bierzo festivamente ocupado en aquellos días por la Academia Gallega en pleno, para celebrar al padre Sarmiento.

Escribir en gallego no sé. Pero me encandila oír palabras que acarician con agarimo (y no voy a entrecomillar ni subrayar los préstamos que aquí tome); me gusta sentir no un murmullo sino un marmurio, donde puede sonar el mar; admirar o enxoval da noiva más lindo que el ajuar. (En cambio, me gusta más novia que noiva)...

Pero el tema es Carlos Casares, al que no llegó la muerte sino la hora do pasamento. ¡Qué consoladora fineza, o pasamento!

Carlos sabía contar, y también las exigencias de un buen cuento. El primer capítulo de País... se titula "Unha vida fantástica", y es la de su traductor, y muy amigo, y cómplice en sabrosas narraciones Basilio Losada. Basilio no estaba dotado para la obligatoria milicia y era el tormento de sus superiores que lo destinaban a las misiones menos visibles "Nesas circunstancias"- y ahora citaré al autor en su lengua, mi homenaje --, "un día produciuse a visita do rei Abdullah de Xordania. Como non podía ser menos, os xefes esconderon ó soldado Basilio Losada Castro na garita protectora do honor do rexemento. Pero a vontade dos reis resulta difícil de torcer e o monarca extranxeiro quixo dar unha volta precisamente por aquela zona apartada. Cando Basilio viu chegar a commtiva, pensou inmediatamente nas ordenanzas, pero non sabía ou non recordaba como se lle rendían honras a un rei. Entón, improvisando, caeu de xeonllos, colleu o fusil coa man dereita a modo de báculo e fixo unha reverencia fonda, tocando case coa cabeza no chan, como se se atopase diante do mesmo Alá".

Convengamos en que es un buen final para un buen cuento. Poe adoctrinó sobre el cuento como búsqueda de un efecto único.

Aquí, generosamente, el efecto único será doble: "O monarca hachemita"-- sigue el narrador, Casares y Basilio, Basilio y Casares, en complicidad -- "amosou un

sorriso aberto de satisfacción polo saúdo que acababa de recibir, pero que o xeneral Muñoz Grandes, que camiñaba ó lado del, conforme a comitiva se ía alonxando, non deixaba de volver a cabeza cara a atrás para fulminar con olladas asasinas a aquel soldado tan radicalmente heterodoxo e audaz".

I